

NOTA**EUROPA: UN SALTO A LO DESCONOCIDO**

A propósito del libro del mismo título de Victoria Martín de la Torre, ediciones Encuentro, 2015

Mathieu Hinceval

Consultor. Bruselas

I. INTRODUCCIÓN

9 de mayo del 1950 en el Quai d'Orsay¹ en París. Imagínense un instante la cara que pusieron los periodistas cuando Robert Schuman les contestó “eso es, un salto a lo desconocido”. Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores francés acababa de presentar el plan según el cual Francia y Alemania pondrían a toda su producción de carbón y acero bajo la supervisión de una alta autoridad común. Sin embargo, más allá de esa declaración quedaban muchos puntos por concretar y muchas preguntas a las cuales el ministro Schuman no podía contestar.

La periodista española Victoria Martín De La Torre nos sumerge en la apasionante década en la que nacieron las Comunidades Europeas, década que empieza en 1948 con el Congreso de la Haya y termina en 1957 con la firma del Tratado de Roma. Además, su narración da vida a los principales protagonistas del proyecto europeo, conocidos como los padres fundadores de Europa.

II. ¿POR QUÉ HACER EUROPA?

La Sociedad de las Naciones falló en su tarea de asentar la paz después de la primera guerra mundial. Los vencedores mandaban y se discriminaba a los vencidos. Sobre el terreno de la humillación iban a brotar las malas hierbas de un nacionalismo devastador.

Para no caer en los mismos errores del pasado y evitar así futuras tragedias, era preciso inventar un nuevo futuro y unas nuevas relaciones entre antiguos enemigos. Esas nuevas relaciones implicaban borrar las palabras de vencedores y vencidos. No se debía olvidar lo que había pasado, sino que las barbaries recientes debían de dar paso a un nuevo orden europeo en que las naciones europeas, en igualdad de condiciones, sellaban un futuro común. No fue tarea fácil, estando el rencor aún muy presente entre los europeos. Pero era preciso actuar cuanto antes. Además, la unidad de Europa se hacía cada vez más imprescindible ante la amenaza que representaba el potente bloque soviético. Pero no bastaban las buenas voluntades escuchadas durante la conferencia de la Haya en 1948 o en el seno del Consejo de Europa.

Francia propuso a Alemania que pusieran a toda su producción de carbón y acero bajo la supervisión una alta autoridad común. Los tres Estados del Benelux (Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo) e Italia se sumaron al proyecto y firmaron el tratado de París creando la Comunidad europea del Carbón y el Acero (CECA). Los mismos seis países firmaron el Tratado de Roma en 1957. Así nacieron la Comunidad Económica Europea que abrirá el camino a un mercado europeo único, y el EURATOM (Comunidad Europea de la Energía Atómica).

Leemos la historia que nos cuenta ágilmente Victoria Martín como si no supiéramos como termina. En efecto, somos muchos los que desconocemos los detalles y momentos claves de una década apasionante e importante en la historia de Europa. Además, poco sabemos de algunos de los protagonistas de esta historia.

III. LOS PADRES FUNDADORES DE EUROPA

Victoria Martín se ha metido de lleno en la piel de algunos de los padres fundadores de Europa: Robert Schuman, Konrad Adenauer, Jean Monnet, Alcide De Gasperi y Paul-Henri Spaak, desvelándonos varias anécdotas desconocidas sobre sus vidas. No se puede entender lo que motivó la creación del proyecto europeo sin adentrarnos en la vida cautivante de estos hombres. ¿Qué podía unir a tres democristianos, a un agnóstico y a un ateo? ¿Qué podría unir al hijo de una familia de negociantes de Coñac, autodidacta, pero provisto de una increíble inteligencia práctica como Jean Monnet, y a curtidos políticos de la talla de Adenauer, Spaak o de Gasperi? Las tragedias de la primera y segunda guerra mundial les marcaron profundamente. Además, estaban convencidos de que “no podía haber paz sin justicia, ni justicia sin igualdad”. Les unía la voluntad de derribar fronteras y unir a las personas para que los europeos encontrarán en el entendimiento y la estrecha cooperación la vacuna contra los viejos rencores. Además, De Gasperi y Schuman, naturales respectivamente del Trentino Italiano y de la Lorena Francesa, eran hombres de fronteras y que habían sido educados en la tradición germánica, lo cual facilitó su entendimiento con el Canciller Adenauer.

Jean Monnet no solo destacaba por su inteligencia práctica sino que también por una extraordinaria capacidad para entender a los que no eran de su cultura. Una mente abierta e internacional poco común para su época. Empleando un tono más ligero, diríamos que no hizo ningún intercambio *Erasmus*. Sin apenas estudios, se marchó al Reino Unido a aprender inglés. Luego emprendió un viaje a Canadá para representar el negocio familiar de Coñac. De allí se fue a Estados Unidos. Esas ganas de conocer las realidades del mundo se fraguaron siendo aun niño cuando escuchaba los relatos de los visitantes extranjeros de la bodega familiar que por las noches compartían mesa con la familia Monnet. Anécdotas sobre su vida personal nos enseñan que no existía empresa imposible para él, como las fronteras y los soberanismos que había que derribar, costara el tiempo que costara. A muchos hombres de su época les costaba entender a Jean Monnet. Si bien reconocía en Jean Monnet una prodigiosa capacidad de inspiración, el General De Gaulle no era capaz de entender a Jean Monnet. La mente del general estaba encerrada en la frontera nacional y el soberanismo cuando a Jean Monnet le complacía actuar a caballo entre varias fronteras.

Victoria Martín no olvida que fueron muchos otros, no todos tan conocidos, los que contribuyeron después de la segunda guerra mundial a la construcción del edificio europeo. Es el caso del Español Salvador de Madariaga y del Italiano Altiero Spinelli.

Victoria Martín abre su narración con el Congreso de la Haya que se celebró en 1948 y del cual Salvador de Madariaga fue uno de los grandes protagonistas. El español, ingeniero de formación, había ejercido de diplomático, ministro, escritor, y profesor de castellano en la Universidad inglesa de Oxford. Con el inicio de la guerra civil española, se exilió al Reino Unido. Gran conocedor de las realidades del mundo por su experiencia en la Sociedad de las Naciones, Salvador de Madariaga escribe que “Europa esta amenazada

por sus tendencias suicidas”. Es antifascista, liberal² y pacifista. Preside la comisión de la cultura en el Congreso de La Haya. Está convencido de que la cultura puede ser el vehículo para el entendimiento y la reconciliación entre los europeos. Si bien no se le considera como uno de los padres fundadores de Europa, quizás porque la España de Franco estaba aislada debido a su dictadura, es preciso destacar su contribución al proyecto europeo. Fue el quien propuso la creación de un instituto de estudios de postgrado donde los estudiantes de diferentes países europeos pudiesen estudiar y vivir juntos. El Colegio de Europa con sede en la ciudad belga de Brujas³ fue fundado en 1949. Los europeos, empezando por las nuevas generaciones, no pueden ser conscientes de sus intereses comunes si no se encuentran ni intercambian entre ellos. Décadas más tarde la Comisión europea, bajo el mando de Jacques Delors, lanzó el programa *Erasmus*. Tanto el exitoso programa *Erasmus* como el Colegio de Europa “hacen Europa” porque contribuyen a que los jóvenes europeos aprendan a conocerse, estudiando y viviendo juntos.

Altiero Spinelli que participó también en el Congreso de la Haya fue condenado por el régimen fascista de Mussolini a 10 años de cárcel y 6 años de aislamiento. Durante su aislamiento en la isla italiana de Ventotene, redactó, utilizando papel de cigarrillos (por falta de papel y para evitar el control de la policía) un manifiesto por una “Europa libre y federalista”⁴. Fue uno de los fundadores de la Unión de los Federalistas Europeos y décadas después diputado en el Parlamento europeo.

A los padres fundadores se les ha tachado muy a menudo de soñadores⁵. Eran todo lo contrario: hombres realistas que supieron que había que romper con el deseo de revancha y tender la mano para poder asentar las bases de un futuro sólido. Entonces, ¿por qué no les celebramos más? ¿Porque sus caras no adornan a las monedas y billetes en Euros?

IV. ¿QUÉ NOS QUEDA HOY DE LA VOLUNTAD DE LOS PADRES FUNDADORES?

La lectura del libro de Victoria Martín nos conduce a la siguiente pregunta: ¿Qué nos queda hoy de la voluntad de los padres fundadores?

Europa lucha hoy por salir de una crisis económica y social sin precedentes. Muchos europeos muestran su desconfianza hacia el proyecto europeo. Los discursos euroescépticos calan cada vez más entre los europeos. El libro de Victoria Martín nos recuerda que, para los padres fundadores, hacer Europa respondía a un “imperativo moral”. Hombres generosos, realistas y que fueron creativos y tenaces. Y hoy, ¿no hay un imperativo, una necesidad de ser valientes, para profundizar el proceso de integración europea?

Nunca debemos olvidar que no hay nada que este ganado para siempre. Hace 20 años, con la guerra de los Balcanes, la UE vio como se llevaba a cabo una tragedia a sus puertas. Hoy, el deslizamiento de Hungría hacia un régimen autoritario nos invita a no bajar la guardia. El Presidente de la Comisión europea, Jean-Claude Juncker

2. Salvador de Madariaga, fue uno de los impulsores de la creación en 1947 de la internacional liberal.

3. Desde 1993, el Colegio de Europa cuenta con un segundo campus en Natolin, en las afueras de Varsovia (Polonia)

4. Conocido como el “manifiesto de Ventotene”

5. A los que llamamos a profundizar en el camino abierto por los padres fundadores, muchos nos califican también de soñadores o de “Euro-béats” por utilizar la palabra de los Euroescépticos y Eurofobos en Francia (palabra que traduciríamos como “Euro-plácido” o “Euro-satisfecho”)

recibió al Primer Ministro Húngaro Victor Orban en la cumbre de Riga (Letonia) en 2015 con las palabras “¡ahora llega el dictador!”. Quizás, muchos vieron en el tono bromista del Presidente Juncker y su actitud distendida con los jefes de gobiernos y estados, ganas de matar el aburrimiento de aquella ceremonia. Sin embargo, no era la primera vez que Juncker recriminaba al Primer Ministro Orban por sus ataques constantes a los derechos fundamentales así como por su deseo de abrir un debate sobre la reintroducción de la pena de muerte. La abolición de la pena de muerte era una condición para la entrada en la UE y para su permanencia en la misma. Entonces, podemos pensar que si Hungría estuviera hoy en la condición de país candidato se le negaría el acceso a la Unión europea. Tales actitudes son contrarias a los valores humanistas y democráticos que promovieron los fundadores de Europa. De hecho, recordamos que España solicitó su entrada en la comunidad europea por primera vez en 1962 y que fue rechazada por no tener un régimen democrático. El Primer Ministro griego, Alexis Tsipras, recibió muchas críticas por parte de sus homólogos europeos debido a su gestión de la crisis. Si bien podemos discutir sobre si estas críticas eran justas o no, deberíamos exigir de nuestros jefes de estados y gobiernos que fueran más severos con las actitudes autoritarias de Viktor Orban. De lo contrario daríamos la impresión a los ciudadanos de que el proyecto europeo no es más que una zona de libre intercambio económico. Cabe recordar las palabras del Canciller Konrad Adenauer: “No nos comprometemos solo con una empresa puramente económica sino que nos comprometemos con una empresa humana que promueve la paz y que marca una etapa importante para nuestra civilización”

Quizás no sean los extremistas los que más ponen en peligro el proyecto Europeo. Evidentemente, debemos seguir combatiendo sus discursos que nos devuelven a las horas más oscuras de nuestro continente. Sin embargo, demostraríamos poca seriedad si les echáramos la culpa del estancamiento del proyecto europeo dado que su peso político es todavía limitado. Muchos son los actores políticos que dicen ser Europeístas convencidos pero que con sus acciones o simplemente a través de sus palabras “destruyen lo que pretenden construir”, por citar las palabras de la eurodiputada francesa Sylvie Goulard⁶.

En efecto, cabría hacerse varias preguntas. ¿Qué nos queda de aquella generosidad cuando pretendemos dejar a Italia y Grecia solas frente a la avalancha migratoria? ¿No hay urgencia en ir más allá en la integración de la zona Euro, ya que los Estados miembros gestionan la crisis Griega en el día a día y a puertas cerradas, generando aun más desconfianza hacia la UE? ¿No es urgente consolidar la integración europea para que juntos podamos afrontar mayores desafíos como la globalización, la inmigración o el cambio climático? La actual crisis de los refugiados ha puesto de manifiesto la dificultad de los Estados miembros para repartirse su acogida. Durante semanas vimos resurgir a los egoísmos nacionales. Ni solidaridad ni generosidad. ¡Poca unión en la Unión europea! Además el acuerdo alcanzado ha dejado una fractura en la Unión europea ilustrada por la negativa de cuatro estados de Europa central de acoger a los inmigrantes. Y si el acuerdo alcanzado permite lavar la cara de Europa y responder a lo más urgente, los Estados miembros no han querido ir mas allá para diseñar una política migratoria común que tanto necesita la UE.

Jean Monnet decía que “no coaligamos estados sino que unimos personas” Lo humano estaba y debe seguir en el corazón del proyecto europeo. Además, él estaba convencido, como los otros padres fundadores europeos, de la existencia de un “interés europeo

superior”. Esa capacidad para mirar por encima de las fronteras nacionales y de los soberanismos que hoy tanto echamos de menos en nuestros líderes políticos, hizo posible Europa.

V. ¿REINVENTAR EL DISCURSO EUROPEO?

La lectura del libro de Victoria Martín nos lleva a una reflexión sobre como volver a suscitar aprecio hacia el proyecto europeo. No podemos reducir el proyecto europeo a 60 años sin guerra. Es cierto que nociones como el amor y la reconciliación sientan las bases del proyecto europeo frente a las ansias de venganza que antes dominaban. Pero la guerra no significa nada para muchos jóvenes europeos que tuvieron el inmenso privilegio de no vivirla. Evidentemente, no es así en toda Europa si pensamos por ejemplo en Croacia, último país en integrar la UE, que hace tan solo 20 años estaba inmersa en el conflicto de los Balcanes. No olvidamos que es el corazón y el espíritu de los padres fundadores el que hizo posible el proyecto europeo. No en vano a la UE se le concedió en 2012 el Premio Nobel de la Paz “por haber contribuido durante más de seis décadas a promover la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa”. Y debemos ser dignos de este premio Nobel. Sin embargo, según Pascal Lamy, antiguo Comisario europeo y antiguo Director de la Organización Mundial del Comercio “la memoria de un pasado, por muy cruel que fuera, no constituye un porvenir”⁷. Si bien debemos seguir sensibilizando a las nuevas generaciones sobre la paz y la reconciliación entre europeos, debemos intentar reinventar el discurso europeo para que los ciudadanos vuelvan a creer en el proyecto europeo.

Jimmy Jamar, Jefe de la Oficina de la Comisión europea en Bélgica nos recuerda que “El proyecto europeo es también un proyecto económico, social y cultural basado en valores fijados también al principio, el primero de ellos es la solidaridad”⁸. Una solidaridad que quisiéramos ver mas presente en la Unión Europa de hoy para poder hacer frente juntos y de manera equitativa a grandes desafíos como la inmigración. No debemos cansarnos de repetir que sin solidaridad no hay unión. Si bien muchos europeos parecen alejarse del proyecto europeo por falta de atracción hacia él, no podemos cerrar los ojos ante una realidad: muchos hombres y mujeres en otros continentes nos envidian. Más allá de la capacidad de los europeos de haberse reconciliado⁹, muchos en el mundo envidian que Europa haya sido capaz de conciliar la libertad individual con el interés colectivo, su modelo social y económico humanista, su cultura, así como esa experiencia de integración regional única en el mundo. Creo que no debemos comportarnos como niños mimados y ser conscientes de los logros que la Unión europea ha conseguido. Tenemos la obligación de defender nuestros valores de democracia, justicia social, libertad individual, así como nuestras normas medioambientales y sociales cada vez mas elevadas, si queremos que la mundialización sea un poco más humana. Pascal Lamy surge que “civilizar la mundialización” sea la nueva narrativa europea que movilice a los europeos.

¿Acaso no concebía Jean Monnet la integración europea como una contribución a un mundo mejor? Y no olvidemos, como nos narra Victoria Martín, que Jean Monnet había viajado a Estados Unidos, Canadá y China. Era entonces consciente de que los países europeos se quedarían pronto pequeños frente a la America y la Rusia de hoy así como a la China y la India de mañana. ■

7. Pascal Lamy « quand la France s'éveillera », 2014. Edición « Odile Jacob »

8. « Pourquoi aimer l'Europe...maintenant ? » Jimmy Jamar, 2014. Edición « la boîte à pandore »

9. Aunque nos olvidamos de que la reconciliación hace que el continente europeo sea excepción en el mundo ya que muchos países están en paz pero distan mucho de haberse reconciliado.